



MUNDO SIN FIN

Me preguntan que si recuerdo el cuento aquel de nuestros abuelos y padres que nos contaban de pequeños para que nos portáramos bien y fuéramos buenos, sumisos, basado en la doctrina de la Iglesia sacro facha, que ordenaba “Palo y tente tieso” para guardar la viña del Señor. Claro que sí, que le recuerdo.

Es el cuento o profecía que nuestras madres y abuelas, mientras sus maridos trabajan en el campo o en la alcoba, o poniendo cimientos en las obras y puertas a las casas, decían, medio cantando y escuchando esa novela radiada de jóvenes cautivas por sexo y religión, alrededor de un brasero encendido:

- “Hay Mundo, Mundo, que al 2.000 no llegarás”; lo que, a nosotros, nos asustaba, pero no tanto al tío Gutiérrez, muy antiguo castellano, quien, arreando a su Burra “Gutapercha” pasaba por allí, y se paraba, dándole sopapos en el cuello, diciéndole a su Burra:

-¡So; Burra, cagüen Dios, escucha a la ventana de estas mujeres holgazanas y veremos hilado de un año y cagado de un mes; pues la

novelucha esa, que las tiene cogidas por las tetas, dura más que lo que les dura dura a sus maridos, cagüen Dios.

Estando en esta sentencia, sucedía que una tal Galla tomaba la palabra y decía:

-Jamás habrá un fin del mundo. Es una patraña de la Iglesia y sus secuaces. Siempre habrá guerras, maldad, criminales y robaperas con uniforme o con sotana; que sólo nos salva el amor y el sexo, pues ya lo dijo el antediluviano Noé en su barcaza, dirigiéndose a la animalada y bestias que llevaba:

“Jamás se acabará el mundo, mientras haya dos culos que se follen”.

Las haronas reían tanto con estas palabras, como si se fueran a mear, pues se les oñía decir:

-Ay, me meo de las risas.

Ella misma era la que siempre se asomaba a la ventana para dirigirse al señor Gutín cuando pasaba, diciéndole:

-Señor Gutín, mazorcas a su mazorcal, donde las ciento y veinte están. Y cuidadín, cuidadín, pues como se entere el señor cura de su blasfemia, le denunciará a los discípulos del “Tiro en la nuca”. A lo que el señor Gutín le respondía, muy chulito él:

-Que vengan a mí estos partidarios de “Muerte a la Cultura” y del “Tiro en la nuca”, que me van a estirar del rabo, a mí y a mi Burra. ¿Verdad Gutapercha? Cagüen Dios, y Ja, ja ja. Momento que aprovechaba la Burra para Rebuznar: Iiiii Aaaaa.

-Seguid, seguid haciendo telas, cagando en la misma tinaja, les decía dirigiéndose a la misma; y llorad por El abuelo de los nabos; El cura sacrílego; La serrana de la Vera o El crimen de Lisboa; Ja, ja, ja, cagüen Dios.

Cierto día, una de estas mujeres, meapilas y beatorra, con crueldad antinatural, en una de sus confesiones en que le hablaba al cura de que si su marido la follaba demasiado; de que si tenía la matriz caída, como un papel de fumar; de que si lo que él le echaba en el coño era de lo poco caliente que entraba en su cuerpo, por la escasez y pobreza en la que vivían, le dijo al señor cura:

-Padre, el tal Gutín blasfema. Es un burro. A mi duele escucharle tanto como a usted le tiene que doler, supongo. Conviene padre que se le dé un escarmiento.

El cura, excitado por esa confesión y por los miedos de la conducta social del momento, que anunciaba libertad de pensamiento, de culto y Amor libre, ni corto ni perezoso, con la maldad que les anima a todos ellos, se fue a los discípulos del “Tiro en la nuca”, denunciando al tal Gutín; rogándoles que se le diera un buen escarmiento por blasfemo y peligroso.

Un día, como les pasó a tantos otros, cuando Gutín se acercaba a casa, de anohecida, después del duro trabajo, la crueldad asesina e inhumana le dio el alto, haciéndole bajar de la burra y, con amenazas de pistolas, le apresaron, arrastrándole hasta una furgoneta, que estaba repleta de cautivos y cautivas por los mismos o parecidos motivos: por cagarse en Dios; por ser ateos; por leer prensa anarquista o republicana; por ser intelectuales o poetas, en una palabra.

Se le llevaron, dejando suelta a la burra, ¡qué delicadez más asesina dejar a una Burra sola sin su dueño; Y si él estaba en Castilla, le pegaron un tiro en la nuca en una lobera de un lugar de Extremadura.

Si alguna de las convecinas de la “Meapilas”, con las que escucha las noveluchas, como esa de “Monja contra su gusto”, le decían que ese era un asesinato repugnante, ella les contestaba sonándose el moquillo de sacristía:

-Es una enfermedad con que se mueren los ateos, republicanos, anarquistas y comunistas.

-Daniel de Culla

-